

turco, mandó este hacer fuego sobre ellos. El primer buque escapó ileso, é igual fortuna tuvo el segundo que pasó algún tiempo despues, pero el tercero fué echado á pique; el capitán Antonio Rizzo que con su gente cayó prisionero fué empalado, y la mayor parte de los marineros decapitados. Esta conducta brutal pasó sin provocar en Venecia la indignacion y venganza enérgica que habria provocado en tiempo de Enrique Dándolo; y tambien bajó la cabeza la república de Génova cuando le tocó el turno de sentir la mano dura de los turcos.

El sultan no interrumpió un instante sus preparativos enérgicos. Tomó á su servicio al fundidor Orban, natural de Hungría ó de Valaquia, que le fundió cañones en gran número y muchos de dimensiones colosales; y entre tanto desde el 28 de agosto hasta el 1.º de setiembre de 1452 hizo con 50,000 hombres un detallado reconocimiento de las obras de defensa de Constantinopla por el lado de tierra, retirándose despues á Adrianópolis para continuar sus preparativos. En 1.º de octubre envió al viejo general Turajan y á sus hijos con imponentes fuerzas á la península griega, la cual durante el otoño y el invierno siguiente fué inicuaamente devastada, no sin que los turcos sufriesen tambien grandes pérdidas; todo para arruinar á los príncipes Tomás y Demetrio, hermanos del emperador, á fin de que no pudiesen auxiliar á este.

Constantino XI, por su parte, tampoco se dió punto de reposo para estar preparado al golpe que no podia tardar; solo que sus medios de accion eran reducidísimos. Durante la primavera y el verano del año 1452 hizo entrar en la capital, adonde al propio tiempo se refugiaron muchos habitantes del campo, todo el trigo que pudo encontrarse á mano. En el mismo año y en el invierno siguiente reparó y aumentó hasta donde permitian los medios de que podia disponer, las fortificaciones de la ciudad; pero en cambio fueron infructuosos todos sus desvelos para allegar recursos pecuniarios y aumentar el número de combatientes, porque ambas cosas solo podian darlas los potentados cristianos, y estos se mostraron todos reacios ó indiferentes. En vano ofreció Constantino aquel año al marqués Juan I de Carretto como paga por su auxilio la ciudad y territorio de Salmidesso con el título de duque; al regente de Hungría Hunyade la ciudad de Mesembria y al rey Alfonso de Aragon la isla de Lemnos; estos príncipes no se movieron á ampararle. Tampoco halló proteccion en las repúblicas de Génova y Venecia que tenian intereses tan directos en aquellos mares y costas. Aunque el emperador no regateó las concesiones, sobre todo á favor de Venecia, por desgracia esta república no se atrevió á prestarle auxilio porque estaba empeñada todavia en la dura guerra con el duque Francisco Sforza de Milan, en la cual la habia enredado su eminente, pero funesto dux Francisco Fósca, guerra que por lo demás acabó en ventaja de la república en abril de 1454.

Las negociaciones con el papa Nicolás V no dieron mas resultado que resucitar la cuestion de la union de las dos Iglesias, y sublevar otra vez el fanatismo y el odio del pueblo bizantino. El emperador se sometió á todas las exigencias, y aislado y apurado como se veia, hizo en 12 de diciembre cantar en Santa Sofía la liturgia nueva segun se habia fijado en el pacto de union, verificándose el acto en presencia de toda la corte, del senado, del alto clero griego y del legado del papa el cardenal Isidro, obispo de Sabina, que á este fin habia llegado á Constantinopla en el mes anterior. En seguida fué jurado por todos el pacto con la condicion de que seria revisado debidamente tan luego como hubiera pasado el peligro turco. Esto no hizo mas que aumentar el descontento y las disensiones interiores de los bi-

zantinos, porque muchísimos monjes enemigos de la union fanatizaron á las masas, y los clérigos eruditos, acaudillados por el docto Genadio (1), armaron una oposicion tan apasionada como ruidosa, á la cual atrajeron á las clases altas, tanto que el mismo primer ministro, el gran almirante y jefe de la artillería Lucas Notaras, antes intérprete mayor del gobierno, dijo que preferiria ver á Constantinopla sometida al turbante, antes que á la tiara de Roma. Mientras este mal espíritu paralizaba los esfuerzos heroicos del emperador en favor de la causa bizantina, el auxilio armado que el papa movilizó al fin á instancias de su legado el cardenal Isidro, llegó cuando ya era tarde.

Constantino XI vióse, pues, reducido á las pocas fuerzas bizantinas y algunas italianas que habia á la sazón en la capital. Entre estas últimas se distinguió la colonia veneciana con su baillío, el valiente y activo Jerónimo Minotto, el cual de acuerdo con el emperador, en el mes de diciembre del año 1452, consiguió retener para la defensa de la ciudad á cinco buques mayores venecianos con sus tripulaciones que casualmente se hallaban en el puerto. Además de los venecianos contaba el emperador con los hombres armados y belicosos de las otras colonias extranjeras, en particular con los catalanes, y una parte de los genoveses de la colonia de Perot. Tambien fué genovés el auxilio armado mayor que recibió la capital de fuera, á saber: el de la isla de Chio, enviado por la sociedad Maona, explotadora de la isla, que tomó grandísimo interés en la defensa de la ciudad. Entre estas fuerzas se hicieron notables la capitaneada por el valiente Mauricio Cattaneo, que supo penetrar en la capital cuando estaba ya cercada por todos lados, y mas que todas la mandada por el arrojado Juan Guillermo Longo, que habia sido antes por bastante tiempo cónsul de la colonia genovesa en Chio y despues corsario por su cuenta en el Mar Egeo. Este caudillo llegó á Constantinopla el 26 de enero de 1453 con dos galeras grandes y 700 guerreros, entre los cuales se hallaba el aleman Juan Grant, excelente ingeniero militar y oficial de artillería, para ofrecer su auxilio al emperador á condicion de que en caso de victoria le diera en pago la isla de Lemnos.

El resto de los genoveses de la colonia de Perot se portó muy mal; los unos acaudillados por el poderoso Francisco Draperio, arrendatario de las minas de alumbre cerca de Focea, fraternizaron públicamente con los turcos; los otros, deseosos de no indisponerse con el sultan, negociaron en secreto con él, y muchos para no reñir tampoco con el emperador atravesaron de noche el Cuerno de Oro para tomar parte en la defensa de Constantinopla.

Cuando al principio de la primavera del año 1453 contó el emperador Constantino su fuerza armada, encontró que pasaba muy poco de 9,000 hombres, de los cuales 3,000 eran italianos. Entre todos tenian que defender una línea de murallas que desarrollada en longitud pasaba de 5 horas, si bien habia además 26 buques de guerra, diez de los cuales habian sido armados por el emperador y los demás por extranjeros. Con tan escasas fuerzas en comparacion con las inmensamente superiores del enemigo, no quedaba al emperador mas partido que estar á la defensiva y aguardar á que el sultan concluyera los armamentos y preparativos que le pluguiesen, marchara contra Constantinopla y la cercara á su comodidad. Así, pues, toda esta guerra se resumia en el sitio

(1) Mas conocido con el nombre de Jorge Scholarius, asistió al concilio de Florencia, fué patriarca de Constantinopla despues de la conquista de esta ciudad por los turcos, y redactó el credo que la Iglesia griega cismática conserva todavia hoy. En 1458 retiróse á un convento donde murió el año 1464. (N. del T.)

y asedio de una sola plaza, como la última guerra entre Roma y Cartago que se redujo al sitio y toma de la ciudad fenicia.

Mientras á principios de febrero de 1453 los turcos arrastraban lentamente hácia la campiña de Constantinopla un cañon gigantesco, fundido por Orban, que pesaba 300 quintales y disparaba balas rasas de pizarra negra de 12 quintales, el general Caradcha-beg fué ocupando con la vanguardia compuesta de 10,000 hombres del ejército turco las últimas plazas menores que obedecian todavia al gobierno imperial, desde Mesembria hasta las puertas de Selimbria, sin haber tenido que emplear la fuerza sino una vez. A últimos del mes de marzo llegó á las inmediaciones de Constantinopla, donde el emperador aprovechaba cada dia de respiro que le dejaba el enemigo todavia para hacer trabajar en el aumento de las obras de defensa.

Juan VIII habia reforzado notablemente mas de la mitad de las fortificaciones del Sur por el lado de tierra; pero habia quedado un punto débil entre la puerta actual de Egri-Capu y el palacio de Tecfur ó sea el antiguo Hebdomon, y Constantino le protegió haciendo construir en aquel punto por el capitán veneciano Aloisio Diedo y su gente, en la segunda mitad del mes de marzo, un ancho foso de 104 pasos de largo. El dia 2 de abril cerró Bartolomé Soligo el Cuerno de Oro con una cadena formada de grandes y gruesos trozos de madera redondos con un aro de hierro en el centro, cuyos aros iban unidos entre sí con cadenas, de suerte que todo junto venia á ser una sola cadena flotante, cuyo extremo meridional penetraba en la muralla de la capital junto á la Puerta Bella, hoy Bagche-Capusi. El extremo del Norte se fijó en la muralla de Gálata, viniendo de esta manera á ocupar la cadena aproximadamente el sitio por donde atraviesa hoy el Cuerno de Oro el puente construido en 1845, que es el mas oriental de los tres que atraviesan el golfo. A lo largo de esta cadena se estacionaron el 9 de abril nueve de los mayores buques de guerra de que disponia el emperador. Además de esta barrera esperaban los defensores de la ciudad rechazar á los enemigos disparando sobre ellos y sus máquinas de sitio algo anticuadas mucho fuego griego, y balas de un número regular de cañones de poco calibre, sin contar las saetas de los arqueros y ballesteros.

En 23 de marzo partió de Adrianópolis el sultan Mahomed II, habiendo sido inútiles todos los esfuerzos de su visir Jalil para hacerle desistir de su empresa. El 5 de abril llegó delante de Constantinopla. Las fuerzas que allí tenia reunidas, segun los datos mas bajos, por cuya razon pueden admitirse como mas exactos, ascendian á 165,000 hombres, entre los cuales mas de 80,000 con inclusion de 15,000 genizaros eran tropas regulares, no contando en este número la numerosa gente del tren ni los muchísimos *imanes*, *mollahes* y *dervises* fanáticos. La artillería se componia, además del cañon colosal, de otros dos algo menores y 14 baterías de piezas comunes; el cuerpo de minadores estaba formado por servios del distrito minero de Novoberdo, y la escuadra se componia, segun los datos mas fidedignos, de 145 buques, á saber: 12 galeras grandes, 80 barcos de dos puentes, poco mas ó menos, 25 buques mas pequeños y un número regular de bergantines. Mandaba esta fuerza el primer capitán bajá ó almirante turco de que se tiene noticia, el renegado búlgaro Balta-Oglu-Suleiman.

El dia 6 de abril aproximó el sultan su ejército hasta kilómetro y medio de distancia de la capital; colocó los tres cañones grandes en lo alto del cerro Maltepe, en frente de las Puertas de San Roman, hoy Top-Capusi, de Carsias, hoy Sulu-Cule, y de Miriandros, hoy Edirne-Capusi. En el mismo cerro estableció su tienda de campaña en medio de las

de sus genizaros. A su derecha hasta la orilla del Mar de Mármara hizo acampar las tropas del Asia Menor, y á la izquierda hasta el Cuerno de Oro las de Rumelia. La mitad del ejército se hallaba situada como reserva detrás de la línea, y otra division á las órdenes de su cuñado Saganos y de Caracha-bey ocupó el sitio donde hoy se extiende el arrabal de Pera que entonces no existia, para observar desde allí á la colonia genovesa de Gálata.

Aquel mismo dia el emperador Constantino tomó su puesto entre los defensores de la plaza, que allí eran en número de 3,000, entre ellos 500 genoveses, en el trozo de la Puerta de San Roman, enfrente del cuartel general del sultan. Al lado del emperador se hallaba el inteligente guerrero Juan Giustiniani. Desde la puerta de Carsias, por donde penetraba en la ciudad el arroyo Licos, hasta el puerto, estaba todo á cargo del experto capitán de ballesteros Teodoro de Caristos, de religion católico; los tres hermanos Brochiardi defendian con su gente la puerta de Adrianópolis, hoy Edirne-Capusi (Miriandros); la parte correspondiente al Hebdomon estaba confiada á los comerciantes venecianos acaudillados por su baillío Jerónimo Minotto; el trozo peligroso que desde allí se extendia en direccion del Norte estaba á cargo del ingeniero aleman Grant; y finalmente la defensa de las Blaquernas hasta el punto donde la ciudad se extiende en direccion Noroeste hasta el puerto, estaba á cargo de las fuerzas romanas y de Chio, á las órdenes del cardenal Isidoro, legado del papa. La defensa de las murallas desde la posicion del emperador hácia el Sur hasta el palacio Ciclobio ó Heptapirgio con sus puertas y correspondientes torres estaba á cargo del veneciano Dolfin; la de la puerta de Selimbria se confió al sabio matemático, Teófilo Paleólogo, griego pero católico romano, y desde el 20 de abril al genovés Mauricio Cattaneo y al veneciano, Nicolás Mocenigo; en la seccion siguiente mandaba otro veneciano, Fabruzzi Cornaro; y finalmente estaba á cargo de Caterino Contarini, veneciano tambien, la seccion entre la puerta de Oro y el Ciclobion. La defensa de la muralla que miraba al mar, como menos peligrosa, fué encargada á monjes armados y venecianos mandados por Jacobo Contarini; ocupaban y defendian el Bucoleon los catalanes capitaneados por su cónsul Pedro Juliano, y el príncipe turco Urchan con su séquito defendia la parte Nordeste de la península de Constantinopla, donde hoy se levanta el Serrallo ó palacio del sultan. La orilla meridional del Cuerno de Oro corria á cargo en parte de la tripulacion de un buque de Creta, y en parte del gran almirante Lucas Notaras que tenia bajo su mando 100 jinetes y 500 arqueros y honderos, además de dos capitanes genoveses con su gente. La defensa del faro á la entrada del puerto tocó al capitán de una galera veneciana, Gabriel Trevisano, que mandaba 50 hombres. En el interior de la ciudad habia apostados en calidad de reserva junto á la iglesia de los Apóstoles 700 hombres armados, en su mayor parte monjes, á las órdenes de Demetrio Cantacuzeno y de su yerno Nicéforo Paleólogo. Todo estaba tan bien calculado y dispuesto como permitian las circunstancias; mas para dos inconvenientes no se habia podido encontrar remedio. El primero era la imposibilidad de relevar con la frecuencia y puntualidad necesarias las tropas encargadas de la defensa atendido su escaso número para una extension de 7 kilómetros, donde cada punto estaba constantemente amenazado de un número infinitamente mayor; y el segundo consistia en el fanatismo de las masas, que no cesaban de suscitar peticiones á los *henóticos*, con cuyo nombre designaban á los partidarios de la union de la Iglesia griega con la de Roma, llegando hasta el extremo de oponerse á los entierros que estuvieran á cargo de sacerdotes henóticos.